

REPLICA DE FRANCISCO PIMENTEL

AL SR. D.

GUMESINDO MENDOZA,

ACERCA DE SU DISERTACION SOBRE EL IDIOMA OTHOMI.

El Sr. D. Gumesindo Mendoza ha contestado las observaciones que le hice acerca de su disertacion sobre el idioma othomí, cuya contestacion se ve en el tomo 4º, número 8 del Boletin de la Sociedad de Geografía y Estadística, repartido la semana anterior, aunque tiene fecha del mes de Agosto. Por este motivo no habia yo podido replicar al Sr. Mendoza sino hasta este momento.

Desde luego observo que el citado señor comienza por truncar mi escrito, asentando que mis proposiciones se reducen á dos: 1ª El othomí nada tiene de sublime. 2ª Ni el othomí ni las lenguas en general son creacion del hombre, sino de Dios.

Cualquiera persona que lea mis observaciones, notará que se omite una de ellas, acaso la mas importante: «*que el othomí no es lengua madre.*» Esta manera de argüir supone en el que lo hace, una de dos: ó precipitacion en leer, ó poca sinceridad al contestar. Si el Sr. Mendoza leyó de prisa mi impugnacion, no se hizo cargo de ella, y no puede contestarla con exactitud. Si la leyó bien y omite una parte, resulta el todo

de mis argumentos sin aquella fuerza propia del enlace parcial.

Con estos preludios entro en materia respecto á lo que trata el Sr. Mendoza.

Este señor se difunde innecesariamente en disertar sobre *lo sublime*, y digo innecesariamente por estas razones.

Nada de nuevo contienen sus observaciones, despues de lo que se ha dicho desde Longino hasta Ancillon; no hay mas que cambio de nombres: México en lugar de Pekin; Popocatepetl en lugar de Himalaya, &c., &c.

Es cierto que un escritor puede ser nuevo en cuanto á la aplicacion de cosas sabidas; pero precisamente se incurre en el sofisma llamado «salirse de la cuestion,» cuando el Sr. Mendoza aplica la teoría de lo sublime al othomí. Dice que en ciertas circunstancias el sol parece sublime, el arco-iris, el Niágara, el grupo de Laocoonte, &c.; pero con nada de esto demuestra que el othomí tenga buen mecanismo, diccionario rico y gramática perfecta, que es lo que debia probar, porque es lo que se discute. Mi antagonista se divaga en profusion de pa-

labras, y cubriendo con figuras retóricas la falta de fondo, trata de herir la imaginación para distraer la razón. Tal suele ser el sistema de los que defienden una mala causa; pero ese sistema no puede resistir á la rigurosa análisis del raciocinio, como procuraré hacerlo respecto á los argumentos que mas adelante va poniendo el Sr. Mendoza.

Considera al lenguaje, en general, como *el ropaje* del pensamiento, y en consecuencia *grandioso*, porque es la manifestación sensible del espíritu. No sé con claridad qué es lo que el Sr. Mendoza entiende por *espíritu*, pues habla de varios. Primero del *espíritu guerrero*, citando á *Séneca*, y luego de otros mas, segun las siguientes palabras: «Antes del hombre *el espíritu* habia estado encadenado en seres dotados tambien de *espíritu*.» Repito que no comprendo bien el sistema neumatológico del escritor que me ocupa, seguramente por mi torpeza, y no percibo en su argumento mas que esta falacia. El lenguaje es el vestido del pensamiento, está bien; pero como hay vestidos de varias clases, desde el manto de púrpura de un rey, hasta los harapos de un mendigo, lo mismo puede el pensamiento vestirse con un lenguaje rico ó pobre, bello ó feo. De que el lenguaje sea un vestido, no resulta, pues, la consecuencia de que precisamente todos los idiomas sean sublimes ó grandiosos, incluso el othomí.

Siguiendo el Sr. Mendoza el sistema de comparaciones pasa á suponer al othomí, no ya como un *ropaje*, sino como un cuerpo *desnudo*, ya no es «cosa que viste», sino «cosa vestida.» Efectivamente, el escritor asienta estas palabras. «El othomí desnudo del ropaje que engalana otros idiomas, nos deja percibir el trabajo del espíritu.» Adelante precisa mas su comparación, pues compara al othomí con la estatua de Lao-

conte, porque esta es sencilla y no tiene ropaje. Tampoco percibo en esta ocasión la necesidad de que una cosa desnuda sea bella ni grandiosa. Al levantar la capa que cubre un cuerpo, bien puede resultar una Frinea ó un monstruo.

Dejando el Sr. Mendoza el lenguaje figurado, usa despues el directo, siendo mas claro y preciso. Entónces asienta que la desnudez, y en consecuencia la sublimidad del othomí, consiste en que no tiene prefijos ni desinencias, opinión que con asombro por primera vez leo en mi vida, pues siempre habia yo visto que se consideraba como una perfección en el lenguaje, la posesión de signos propios para expresar las modificaciones de las ideas. Por esta razón el famoso Adelung llama á las lenguas monosilábicas «el primer balbutir del género humano,» y comparándolas con las de flexión, las considera como la canoa del salvaje, respecto al navío de una nación civilizada. Y ya que el Sr. Mendoza es tan aficionado á comparaciones, pondré la mía para hacer comprender la diferencia entre las lenguas de flexión y las monosilábicas. La lengua de flexión es la columna con basa y capitel, es decir, con prefijo y terminación; la lengua monosilábica es la columna que solo tiene fuste. Esta clase de columnas son *las sublimes* segun el sistema del Sr. Mendoza.

Sin embargo, acaso no muy seguro en sus principios busca el apoyo del padre Nájera para probar la sublimidad del othomí. Repito, sobre el padre Nájera lo que dije en mi disertación anterior: respeto sus talentos; pero no le considero como autoridad lingüística en nuestros tiempos. Recuerde el Sr. Mendoza aquello de que «á los hombres los juzgan los extranjeros,» y lea la «*Revista americana*» que se publica en Londres: allí encontrará que respecto á Nájera

se ha observado que como lingüista, solo escribió una corta disertación, y que sus conocimientos filológicos no alcanzan á los modernos. En esto no hay ni puede haber censura contra Nájera, porque nadie adivina la ciencia futura; solo se indica que en el día hay que buscar autores mas adelantados.

Pero lo notable en Nájera, es que este nunca asienta proposiciones concluyentes como el Sr. Mendoza, y se contenta con decir que «el othomí tiene *no sé qué* de sublime.» Hay, pues, duda, vaguedad, en la opinión de Nájera, mientras que el Sr. Mendoza no teme repetir con toda resolución que el othomí es *grandioso, sublime*.

Aun cuando Nájera pensase exactamente como el Sr. Mendoza, seria fácil oponer cien lingüistas, historiadores y críticos en contra suya, no habiendo hasta ahora escritor que yo sepa que no convenga en mi proposición. «El othomí es una gerigonza bárbara.» Me he constituido defensor de este aserto, porque para mí uno de los mejores criterios es el del sentido comun, la opinión de la mayoría. Otras personas prefieren aislarse sosteniendo paradojas.

No pudiendo ménos el Sr. Mendoza de reconocer en sí cierta parcialidad, explica que no defiende al othomí por ser su lengua propia. Por mi parte, diré tambien que estoy tan distante de atacar al othomí porque no sea la lengua de mis padres, que confieso grandes cualidades á otros idiomas indígenas como al mexicano, y mas todavía al tarasco que, en muchas de sus formas, puede ponerse en parangon con las lenguas clásicas.

Tratándose de onomatopeyas, dije en mi impugnación que un idioma monosilábico no puede expresar bien aquello que requiere palabras largas. El Sr. Mendoza contesta que eso es materia de gusto, y que á

él le gustan mas las onomatopeyas breves. No debo replicar otra cosa sino que, como el gusto del Sr. Mendoza no basta para fundar una noción científica, su observación carece enteramente de valor.

Manifesté tambien que la pobreza del othomí, su escasez de palabras *simples*, le obligan continuamente á componer. Contesta el autor de la Disertación que lo mismo se hace en español y otros idiomas. Convenido; pero con esta diferencia notable: «lo que en el othomí es la regla, en otras lenguas es la excepción.» Así lo he dado á entender ántes, y ahora lo explico con mas claridad para que no se extravíe de nuevo la cuestión, en la cual observo tambien que el Sr. Mendoza confunde *la etimología* con *la composición* de las palabras. Dice, por ejemplo, que *superficie* no es voz simple sino compuesta, porque «*se deriva*» de *super* sobre, y de *facies*, cara. Una cosa es *derivar* y otra es *componer*. Una palabra es *compuesta* cuando se forma de otras del mismo idioma, y es *simple* cuando en la misma lengua no puede descomponerse. Buscar en otras lenguas su significado, es *derivar* y no *componer*. Tácitamente lo confiesa así el Sr. Mendoza, pues usa del primer verbo y no del segundo.

Otra observación que hice respecto del othomí, fué que continuamente expresaba ideas metafísicas con voces que indican cosas materiales. Se me contesta de la misma manera que ántes, poniendo ejemplos del griego y latin. Yo replico igual cosa que ya repliqué, y es que debe distinguirse entre la regla y la excepción. Por otra parte, la noticia del origen material de palabras que expresan ideas metafísicas no es nueva, se encuentra en cualquier libro de lingüística, y para no dilatarme citaré únicamente el «origen del lenguaje» por Ernesto Renan.

El Sr. Mendoza indica varias veces que él es práctico en las lenguas indígenas y que yo no lo soy. Esto prueba que lo poco ó mucho que yo sepa de ellas lo debo al estudio y no á la fácil enseñanza de mis padres; pero supuesta la práctica del Sr. Mendoza, ya que trató del origen material de las palabras, pudo dar alguna novedad á su escrito, refiriéndose á las lenguas indígenas; no al griego y al latin, que hasta los niños los conocen. Pero ya que el Sr. Mendoza no lo hizo así, trocarémos ahora nuestros papeles, y habiendo presentado él ejemplos de lenguas europeas, yo las presentaré de indígenas.

En mixteco *yosinindi* significa ver y entender; en mame *kih* es dia y tiempo; en tarasco *carhunigereni* es quemarse y aborrecer; en matlatzinca *niyeh* quiere decir suyo y sustancia. Sin embargo, en esos y otros idiomas indígenas encontrará el Sr. Mendoza palabras directas para expresar conceptos como estos.

En mixteco memoria *sanahaka*; albedrío, *yotakusindi*; tiempo, *huiko*; cosa verdadera *sandisa*.

En mame *kuhizibil* ánimo; *tiloti* cosa; *bani* virtud, *ahli* voluntad.

En mexicano: *Tla* cosa; *cahuil* tiempo; *ixtlamatiliztli* razon; *tlalnamiqui* pensar.

En tarasco: *eni* ser, estar; *uckua* voluntad; *kururaxekua* ira.

En pirinda: *nitepuenyaa* pensamiento; *ninahui* voluntad; *ninkuti* cosa.

Tocante á otra cuestion, hice ver que la pronunciacion del othomí es tan difícil, que el P. Nájera la confesaba como insuperable; que Neve tuvo necesidad de usar trece vocales para darse á entender algo, &c., &c. A esto dice el Sr. Mendoza: tambien los ingleses tienen quince vocales. Debo advertir que este es el argumento favorito

del Sr. Mendoza, su razon principal; así es que la repite á cada paso, tomando como ejemplo principalmente el inglés. Replicaré, pues, una vez por todas lo siguiente. El inglés es defectuoso y pobre, al grado de que los críticos pacientes han hecho ver que en el «paraiso perdido» de Milton no hay mas que ocho mil palabras. Pero no solo el inglés es defectuoso, sino los demas idiomas modernos comparados con los antiguos, y así lo manifiestan los verdaderos filólogos, los que son capaces de calificar un idioma. Para probar esto no quiero que el Sr. Mendoza diga que le echo encima mi biblioteca; así es que me contentaré con copiar algunas palabras de un juez competente, Müller. «Les mots, dans la langue grecque, et en général dans les langues de l'antiquité, avec leurs inflexions et les desinances variées de leurs cas avançaient comme des corps vivants, tandis que nous le voyons réduits dans la plupart des langues modernes à l'état des vraies esquelettes: dans la phrase antique les parties se rangeant symétriquement et sans effort en vertu de leur nature et de convenances comme un bâtiment bien construit, bien ordonné, et dont notre œil admire les justes proportions. Dans les langues qui ont perdu leurs inflexions gramaticales, ou bien la vive expression du sentiment est empêchée par une invariable et monotone disposition des mots, ou bien l'auditeur est forcé de serrer son attention afin de saisir la relation mutuelle des divers membres de la phrase. Ce dernier défaut est, de l'aveu des allemands eux mêmes le vice capital de la langue allemand: l'autre défaut est celui des langues neo-latines.»

Supuesto lo dicho, el argumento de comparar el othomí con otros idiomas defectuosos es este. «El othomí tiene iguales ó semejantes defectos á otras lenguas; luego el

othomí es sublime.» De esta manera se defienden igualmente otras personas. Reprendo á alguno porque se embriaga, y me contesta: «zutano tambien lo hace.» ¿De aquí se infiere que embriagarse sea una virtud? Lo único que se prueba es que varios individuos cometen la misma falta. Así, lo mas que se puede probar con la comparacion de ciertas formas, es que hay defectos comunes á varias lenguas y al othomí; pero no que el othomí sea sublime y grandioso. Esto, aun prescindiendo de similitudes forzadas que el Sr. Mendoza propone entre el othomí y las lenguas modernas ó antiguas. Para convencernos de esas similitudes forzadas, voy á poner el siguiente ejemplo.

Dice el Sr. Mendoza que así como el othomí tiene muchos dialectos, así el latin tiene por dialectos el español, italiano y frances. El latin no es bárbaro sin embargo de eso; luego tampoco lo es el othomí, sino que, por el contrario, es grandioso y sublime.

Todo el mundo comprenderá la diferencia que hay entre un mismo idioma hablado en una misma época, por un mismo pueblo, y una lengua de la que se derivan otras compuestas de varios elementos, y formadas durante el curso del tiempo en distintas naciones. El othomí es bárbaro, porque carece tanto de sistema, de regla, que de un pueblo á otro no se entienden los interlocutores, resultando una verdadera gerigonza, una confusion; no un idioma fijo, determinado, claro. Los mejores lingüistas convienen en que una de las señales de civilizacion es la unidad de idioma; y en efecto, no probará el Sr. Mendoza que de un pueblo á otro de Francia dejen de entenderse las gentes, como sucede entre los othomíes.

Cita el mismo señor algunos sinónimos de la lengua en cuestion para probar su sublimidad; pero calla la multitud de ho-

mónimos en que abunda, no obstante su roce con el mexicano, tarasco, &c. Esto, mas que todo, demuestra la escasez de recursos lingüísticos del othomí, vivir pobre en medio de la abundancia.

Hasta aquí se ha referido el Sr. Mendoza á lo que llama mi primera proposicion, esto es, respecto á la pretendida sublimidad del othomí, que parece ser lo que llama mas su atencion, pues poco se ocupa despues, muy superficialmente, en tratar la cuestion relativa al origen del lenguaje, no obstante que es mas importante, mas filosófica, y ni una palabra dice en cuanto á la aplicacion precisa de esa cuestion, á la teoría que asentó en su disertacion, sin restriccion alguna, á saber, que: «Todos los hombres formaron su lenguaje como los othomíes,» resultando esta consecuencia que seguramente por insostenible calla ahora su autor: «Todas las lenguas se formaron en el mismo molde que el othomí;» así es que son análogos el chino y el sanscrito, el mexicano y el othomí, el vascuense y el hebreo. Recuerdo que el P. Nájera, de tanta autoridad para la persona á quien replique, dijo, hablando de los esfuerzos para assimilar el mexicano con el othomí: «que eso era trabajar en leña verde.»

Pero ya que el Sr. Mendoza elude la cuestion principal, me limitaré á examinar lo que contesta sobre el origen del lenguaje, en lo general hablando.

Me ataca el escritor incurriendo precisamente en el defecto que me censura. Dico que yo formo un juego de palabras con el dicho de Platon: «el pensamiento es la conversacion del espíritu consigo mismo,» y entabla, para probarlo, un verdadero juego dialéctico, uno de aquellos retruécanos escolásticos que se usaban en la edad média, no para convencer, sino para echar tierra en los ojos del adversario, método abando-